

da del Rey. Segun ella, el torneo pareció «fábula de los libros de caballería,» pues hubo carros con figuras mitológicas y farsas, y en la plaza del Pilar construyóse una montaña que subia en alto mas de ciento cincuenta palmos, rematando en una nube que con gran estrépito de tronadores se abría apareciendo el Dios Júpiter sobre una grande águila: presidia el torneo él mismo como juez, porque todo él era en razon de averiguar por armas (copiamos textualmente) cuál era mas á propósito para el buen gobierno «las letras ó las armas,» la Diosa Palas ó la Divina Minerva. Añade el buen capellan que en la farsa estaban representados, entre otras, Hércules, Mercurio, Felipe II y Felipe III, y que debajo de la montaña se abrian siete cavernas por donde entraban á caballo los torneadores y salian por ellas muchas diferencias de animales, sátiros y centáuros.

En orden á los torneos y fiestas donde se procuraba imitar cuanto se leía en las obras de gesta, no sería tarea ímproba acumular textos y citas.

Sábese que en Bins, Cárlos V y su hijo D. Felipe, fueron obsequiados con representaciones de los pasos narrados en aquellos libros:

Publicó Paulo Jovio, obispo de Nucera, un libro titulado—«Diálogo de las empresas militares y amorosas»—y en él encomia las realizadas por personages de su tiempo, colmándolos de plácemes y elogios.

Juan Gines de Sepúlveda, cronista de Cárlos V,

en su libro (63) narra las proezas del sevillano Manuel de Leon que pasó al Africa á buscar ocasiones de alabanza y fama, poniendo carteles por toda la Mauritania «como era costumbre,» desafiando á cuantos con él quisiesen combatir; y habiendo acudido multitud de valentísimos hombres, venció y mató á siete, porque los demás viendo el manifiesto peligro y certidumbre de la muerte no osaron combatir. Tornó el caballero á España con grandísima alabanza, trayendo en triunfo las cabezas de los siete, que el autor siendo muchacho vió en Sevilla. (64)

En Febrero de 1599 los caballeros valencianos obsequiaron á Felipe II con un torneo que se celebró en Denia, bajo la direccion del futuro duque de Lerma, y en el mes de Abril siguiente verificáronse otros á pié con el propio deseo en la ciudad de Valencia.

Durante el año de 1602 hubo en Toro, Zamora y Valladolid, fiestas parecidas, manteniéndolas los cortesanos mas distinguidos. Figuraron en ellas el príncipe del Piamonte y el marqués de Este.

Repitiéronse los torneos en la última de las ciudades citadas, en Enero de 1605, desempeñando principal papel en el belicoso certámen, los Duques de Sessa y del Infantado, los condes de Alba, Saldaña y Gelves; y en Madrid, expirante el año de 1606, como se celebrase uno de estos festejos, suscitóse tal porfía entre las cuadrillas que acaudillaban el Marqués de San German y D. Martin Va-

lerio de Franqueza, que hubo de mediar la guardia española y tudésca para cortarla, dándose la diversion por fenecida.

Muy celebrados fueron los torneos con que Zaragoza mostró en 1614 su regocijo al enterarse de la beatificación de Teresa de Jesús, y aun más ruidosos los que ordenó luego que supo la canonización de la santa. El señor de Quinto, bajo el disfraz del Caballero de Avila, salió de esta ciudad y pasó á Zaragoza á defender en campo cerrado la santidad de su compatriota, viniendo de Francia á combatir su intento muchos hidalgos, mientras asistian al mantenedor en su empresa altos señores del solar aragonés.

Aun publicado el «Quijote» siguiéronse celebrando actos de este jaez, y repitiéndose los desafíos á la usanza quijotesca. Entre los últimos, el propuesto por el duque de Medina Sidonia á su cuñado el de Braganza, cuando este se alzó con la corona de Portugal, es célebre en los fastos de la historia.

II.

Párecenos evidente que Cervantes dirijia sus tiros á un doble blanco, la obra de gesta y las prácticas de la caballería; que vituperaba á un tiempo la ficcion y la realidad, el libro y la costumbre, des-

lizando así la mas fina censura entre los festivos alardes de una sátira ingeniosa y al parecer puramente literaria.

Vendrá al suelo muy luego, al robusto empuje de su bien templada crítica, la embrollada máquina de las inmorales y sándias producciones, no así el principio que las informa, que sigue alentando en el pecho de los mas briosos y potentes.

No era el vulgo quien apadrinaba á los andantes aventureros, mas la aristocracia, cualquiera que fuese su complexion: el sentido comun, llano y discreto que tenia su representante en el rústico escudero, descubrió la enseñanza contenida en el libro; los que sentian, bajo la aparente lenidad de la mofa cervántica, el dardo agudo de un talento que, adelantándose á sus contemporáneos anunciaba la ruina de lo existente para bosquejar los gérmenes de lo porvenir, arremetieron contra la obra persiguiéndola tenaces con sus denuestos ó maltratándola con sus desdenes.

Así obraban lógicamente: como hombres de letras, Paravicino Villegas, Suarez de Figueroa, Vicente Espinel, Gallo de Andrade, Valladares de Valdelomar, y antes que todos, Lope de Vega, personificaban la sociedad preponderante en sus capitales rasgos. Compréndese y se esplica sin esfuerzo el silencio que respecto del «Quijote» guardan los mas notables autores del siglo xvii, mientras indigna por lo cruel é injusto el vituperio con que algunos quieren lastimarle.

Callaban los más cautos no atreviéndose á ir contra la corriente de la opinion, propicia desde el principio al manco, lo mismo dentro que fuera de España. Querian detener el vuelo del aplauso, con la miserable conspiracion del silencio, y llevados otros de su ligereza petulante ó de un necio orgullo, osaban atreverse con el genio que á todos escedia en grandeza de ánimo, virtudes y merecimientos.

Monopolizada la literatura por los que vivian apegados al fastuoso alcázar de la tradicion, puesta aquella comunmente al servicio de la realeza, á quien adulaba sin medida, ó concurriendo á estender la ignorancia y el fanatismo con la ruina de las costumbres cristianas mediante la novela picaresca, las poesías eróticas, los autos de fé y las representaciones teatrales; reservó secundario puesto al engendro peregrino del ánimo mejor regido y concertado.

Estranjeros habian de ser los que volviendo por la causa de la justicia, nos enseñáran á gozar las bellezas del «Quijote» enaltecendo á su autor, y lo mismo entonces que despues no ha sido en España donde la crítica, al juzgarlo, levantó mas alto su objetivo. Quilatáronse aquí sus bellezas esternas y orgánicas, mas pasaron desapercibidos el pensamiento y la doctrina que entrañaba el fondo con su humano simbolismo. Ni fué dado al crítico indígena sacudir el yugo de las instituciones: los comentadores españoles del «Quijote,»

aun gozando de grandes alientos, desconocieron el alto y filosófico criterio de que alardearon los estranjeros. La crítica, como toda manifestacion de la actividad humana, se modela en el medio moral que la produce: imperaban, si es que no imperan hoy mismo, en la península, dos ideas capitales, la ontológica y la política, metafísica y Estado, y el literato no sabia ni podia prescindir de ellas, mucho mas cuando tenia de su lado el imperio de la ley y la fuerza del acatamiento general.

Profundícese el sentido moral del «Quijote,» su concepto sintético, reconózcase el nexo que como misterioso resorte une las partes todas de la obra, y se descubrirá que el libro es eminentemente humano, subjetivo é individualista; que acomodándose á toda conveniencia, ostensiblemente rompe en lo esencial con cuanto le rodea. Fuéranos fácil ofrecer numerosos textos que vigorizaran esta doctrina: Contentémonos, no obstante, con citar uno solo utilizado antes con ocasion y propósitos diferentes.

Aludimos á las palabras que el autor pone en boca del hidalgo, capítulo 58 de la segunda parte: «La Libertad, dice, es uno de los mas preciosos dones que á los hombres dieron los cielos, y con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad, asi como por la honra, se puede y debe de aventurar la vida.» ¿Cuándo se espresa de este modo el co-

medido caballero? ¿Con qué ocasion revela los sentimientos que abriga en su pecho? Recuérdese bien; acabado de salir de la mansion de un egregio personaje, cuando aun se halla en presencia de los muros y altos chapiteles del castillo de los Duques.

Sigue Cervantes vereda muy opuesta de aquella porque la generalidad camina; renuncia á las ventajas del parasitismo y la privanza; á los medios de la adulacion y de las serviles complacencias: son los beneficios y mercedes recibidas, ataderos que no dejan campo al ánimo libre. «¡Venturoso aquel á quien el cielo dió un pedazo de pan, sin que le quede obligacion de agradecerlo á otro que al mismo cielo!» Este es Cervantes, esas máximas con la exclamacion final, resumen su carácter. Él, que lleva la fiera independenciam del alma hasta el posible límite, desdeñando los encumbramientos pasajeros y los placeres fáciles para contemplar las grandezas de la inmortalidad; regocíjase con el trato de varones de ejemplarísima conducta, y de las pobres monjas que en su modesta posicion le otorgaban sinceros consuelos en vida y una estrecha sepultura en la muerte. Habia aprendido el noble corazon, durante los muchos años que fué soldado, y los cinco y medio de cautiverio, á tener paciencia en las adversidades, y no se cuidaba de los efimeros agasajos que podia proporcionarle el socorrido proceder de poetas afamados y de escritores en boga.

Imaginamos, volviendo ya de esta digresion al tema propuesto que, siendo el «Quijote» en mucho, espejo donde se refleja la sociedad española del siglo xvi y xvii y cifra de nuestro carácter, temperamento, génio y calidades, encierra además una censura perpétua de lo que hasta ahora nos distinguió en el concierto de los pueblos europeos.

Cayó la caballería andante en todas partes, y entre nosotros siguió enhiesto su espíritu; que no parece todavia descuajado de lo mas secreto de nuestro organismo. Si el hidalgo arrinconó las enmohecidas lanzas en el oscuro camaranchon, si no hubo ya quien recorriera llanuras, bosques y montañas en demanda de entuertos que desfacer, ni de doncellas á quienes amparar; si los marciales arreos trocáronse en antiguallas de que solo cuidaria el arqueólogo; cierto es tambien que no hemos olvidado la política aventurera de que la caballería fué un modo principalísimo, ni aquellos peculiares defectos que Cervantes zaheria discretamente.

En pleno siglo xix sostuvimos añejas prácticas y absurdas pretensiones, escitando la risa del mundo en más de un caso con nuestros quijotescos alardes y nuestros exorbitantes desatinos. Faltónos como entidad política, aquel buen sentido práctico de que Sancho estaba adornado y que tantos beneficios derramó sobre pueblos menos favorecidos por la naturaleza que el nuestro;

aprendimos poco de la experiencia y pagando tributo á rancias preocupaciones, vivimos retardados en todo ó nos entramos turbulentamente, para retroceder muy luego, por el camino que con seguridad y entereza seguian otros pueblos. No hay nacion que blasoné tanto de sus pasadas glorias, ni poeta español que no se crea obligado á cantarlas, ni documento político en que no se recuerden, de consentirlo su naturaleza; ni conflicto internacional, por pequeño que sea, donde no salgan á relucir; ni discurso reaccionario ó patriótico, en esto hermanos, donde el orador no esté seguro de arrancar aplausos enumerando los laureles conquistados por nuestros padres cuando soportaban el yugo austriaco ó pedían al piadoso Felipe II hogueras para exterminar á los hereges.

Aun nos señorea el quijotismo: la caballería andante, trasformada, refundida, con la moderna vestimenta disfrazada, tiene todavía templos en nuestros corazones. Entre el frio raciocinio y el entusiasmo ardiente y pasagero, optamos por el último; entre la poesía sin profundidad, pero de brillante forma, y la prosa científica nutrida de pensamientos útiles, preferimos aquella; entre el discurso rimbombante, hinchado, sin meollo ni lógica, mas de estructura gallarda y eufónicas cadencias, y la plática modesta que se dirige sin rodeos al entendimiento, nunca fué dudosa para nosotros la eleccion. Llámase al castigo del delincuente satisfaccion de la pública venganza: el que

ejerce autoridad toma la resistencia á los dictados de esta como agravios hechos á su propia persona; no se desea crecer en libertad, sino en privilegios y distinciones, ni se lucha en la esfera política por el triunfo de las ideas, antes por el propio encumbramiento y la ruina de los contrarios. Vicios y flaquezas son estos que emanan de aquellos otros que Cervantes reprendía solícito, explicándose por tal manera la perenne vitalidad de su sátira: asestada contra un mal grave y pasagero del período en que fué escrita, abarcó lo mas castizo y constante de nuestra personalidad; de aquí su importancia nunca negada, el interés que la acompaña y la eficacia real de sus lecciones y censuras.

Compónese nuestra moderna historia de un enojoso conjunto de hechos no poco inficionados de la pestilencia que engendraban las quijotescas locuras. Antes que á la razon, hubimos de consultar al sentimiento; antes que á la justicia, con su reposado consejo, al arrebato de la pasión, que arrancando á veces de móviles laudables, nos despeñó por el precipicio de las mas reprensibles demasías. Es España para los extranjeros tierra clásica del contraste y de lo anómalo, de lo estremado y de lo antitético; y con efecto, basta mirar en torno nuestro, contemplarnos cual somos, y se verá imperando sobre nuestro suelo aquel eterno desequilibrio que cifraron D. Quijote y su escudero. De la indiferencia mas punible, pasamos al ce-

lo mas exajerado; de un quietismo vergonzoso que dura lustros, cuando no siglos, á una actividad desbocada que muy luego se tornará en retraimiento; ni es comun que confesemos nuestras faltas, y si declaramos haber cometido una série de lamentables equivocaciones, imitamos á D. Quijote, en quien los reveses de la fortuna, las pedradas y caidas, no retrageron ni apartaron de nuevas temerarias empresas y nuevos merecidos descalabros... ¡Y, cómo hablamos del honor nacional! ¡cómo de los intereses sagrados de la pátria, cómo de la justicia y de la religion! En pocas partes se hallará tan menguado el verdadero patriotismo, ni la justicia tan sometida á la ley del encaje, ni la religion tan minada por el indiferentismo y la hipocresía; mas nuestro quijotismo no consiente que rasguemos el velo que cubre tanta decadencia, hija de causas históricas que no es difícil discernir, y con admiracion del mundo continuamos siendo los verdaderos caballeros andantes de la Europa, héroes por fuerza, aventureros políticos que acojemos las ideas mas grandiosas para rebajarlas al nivel mezquino de nuestra pequeñez moral y de nuestro abatimiento de carácter.

No sin silencioso dolor acuden al ánimo tan tristes reflexiones. Preséntasenos Cervantes cual juez inexorable que nos dá en rostro con nuestras flaquezas; y su libro como veredicto severo que nos condena sin ulterior recurso. Desconocemos

el arte de concertar las tendencias antagónicas de la vida, como la ordenaron múltiples elementos, en un sábio equilibrio equidistante de toda exajeracion: cuando no embrazamos la adarga del amo, á horcajadas nos vé el filósofo sobre el asno del escudero: resume la política la total actividad de nuestra raza, y ¡cuántos no son los Quijotes y Sanchos que se descubren en sus dominios, aquellos, dominados por el idealismo mas pernicioso, rejidos estos por las mas sórdidas ambiciones!

Fuera impertinente desconocer que Cervantes concluyó con la caballería andantesca de los libros; pero ¿consiguió matarla en la sociedad española? ¿No alienta en ella su espíritu, modificado por los progresos y mudanzas de los tiempos?

Hé aquí un problema propio de las altas especulaciones de la filosofía.